

«La América del Norte fue mi lecho,  
 la América del Sur mi cobertor;  
 recliné mi cabeza en el Atlántico  
 y arrullóme al dormir cual dulce  
 cántico,  
 de las brisas del Niágara el rumor.

Y las faldas pisé del Aconcagua  
 y sus rugidos íntimos oí;  
 la lumbre del Pichincha fue mi  
 lumbre  
 y, como el Dios del Sinaí, en la  
 cumbre  
 del Chimborazo hasta mi planta hundi.

Al ver mis pies y manos  
 descubiertos  
 sentí inmensas fruiciones de  
 placer,  
 porque este mundo que Colón  
 soñara  
 y que a Fernando un Papa  
 regalara,  
 sólo a mí no me pudo contener!»

**De un poeta olvidado.**—En mis recuerdos infantiles se destacan los versos de don Ricardo Carrasquilla, que mi padre nos leía en las veladas hogareñas, a la luz de una vela de esperma, mientras afuera el viento agitaba los abanicos de las palmeras y susurraba en el follaje de los tamarindos que sombreaban la casa solariega.

Don Ricardo Carrasquilla, cuyo busto adorna una vera del paseo de Colón, fue uno de los